

escrito a máquina

No devoremos a nuestros hijos!



Saturno devorando a sus hijos. (Pintura de GOYA)

Mientras el mundo conmemora el Centenario de Goya y glorifica la obra de su genio, nosotros, en la isla de Nicaragua (isla, porque es una tierra rodeada de sangre por todas partes), no podemos ver la mayoría de sus cuadros —sobre todo aquellos que dan testimonio de la tragedia del pueblo español en los días negros y heroicos de la invasión napoleónica— sin sentir una angustiada afinidad con ese pueblo que él pinta debatiéndose entre la rebeldía y la muerte.

El rostro de sus fusilados —en las masacres del 2 de Mayo— (y allí quienes mataban eran extranjeros), nosotros lo hemos visto en la larga agonía de Monimbó, Jinotepe, San Marcos, Estelí, la UNAN, Matagalpa, el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. (Y aquí quienes matan son hermanos de los que mueren!)

Pero, entre toda la pintura trágica y nocturna de Goya hay un cuadro que me paralizó por un momento al contemplarlo —por coincidencia— en la sombría noche del martes pasado. Saturno devorando a sus hijos. Un gigante enloquecido aprieta entre sus manos crispadas a su propio hijo a quien devora! ¡Sobrecoge ver cómo un viejo mito, realizado por la mano de un genio, puede sintetizar con sólo dos figuras de trazos violentos, el espanto del momento histórico que vive Nicaragua! Llevamos ya siete meses en que semana a semana y a veces día a día, el país entero se conmueve con esta escena monstruosa que Goya llevó al lienzo. Llevamos ya siete meses en que las víctimas de una matanza irracional con jovencitos —son niños muchos de ellos— muchachos, y muchachos, y muchachos, y muchachos que mueren. ¡Que los matan! O para decirlo desde raíces más hondas, para decirlo desde el dolor más sagrado que es el de tantos padres y madres: ¡son hijos! ¡Estamos matando a nuestros hijos! ¡Estamos convirtiendo a Nicaragua en el cementerio de los hijos de los nicaragüenses!

(Y se habla de Derechos Humanos! Se habla de que vendrá una Comisión de la OEA. ¿A qué? ¿A constatar en

los cementerios que el nicaragüense no tiene el derecho de mirar su porvenir con los ojos inocentes de un hijo? ¿A qué vendrá la OEA? ¿A mirar en la noche de cada pueblo y de cada región de Nicaragua, esa figura de ojos desorbitados de Saturno devorando a sus hijos?)

Porque lo terrible de esa mirada de Saturno es que no suma. Cada suceso sangriento se explica, se comenta y se ofrece investigar como si fuera un hecho aislado, nuevo y sorprendente. No se quiere ver la horrible suma, la estremecedora fila de cadáveres de jóvenes que va dejando el calendario del régimen. Siempre se dice lo mismo: "Unos provocadores... unos agitadores..." pero quienes caen no son esos extraños, invisibles e inmortales provocadores sino muchachos, colegiales, pequeños lustradores, juventudes en flor. Hijos muertos. Hijos nuestros.

¿Es que esa negra suma de jóvenes muertos no merece a las autoridades una reflexión, una rectificación de sus métodos represivos? Si tres casos de polio movilizan las brigadas de Salubridad ¿la fila de hijos muertos y el llanto de sus padres no es suficiente para hacer nacer un pensamiento humanitario en la mente de los que gobiernan? ¿Por qué, en vez de hablar de provocadores, no se preguntan si es civilizado, si es humano usar un ejército, con órdenes de disparar, para solucionar la agitación en una escuela de secundaria? ¿Pone en peligro a un gobierno la huelga de un colegio? ¿No es, entonces, desproporcionada y salvaje la sola presencia de efectivos militares, con armas de guerra (¡ya no digamos disparar!) en un centro de enseñanza lleno de menores de edad? ¿Por qué la reunión en una iglesia o en un atrio, o los gritos de un grupo de estudiantes o una fogata, o incluso una bomba de mecate que algún chavale arroja ha de provocar un fuego de fusilería, como en una batalla, sin que haya una mínima responsable que piense en las vidas inocentes que se pueden segar, o en la discordancia monstruosa entre la provocación y la represalia?

Porque allí está el problema. En la orden que se da al que porta el rifle.

Vimos todos el arribo de Los 12 y las manifestaciones a que dio pie. Manifestaciones exuberantes. Pancartas, discursos, vivas, mueras, multitudes en las calles... Y la Guardia no disparó. No había orden de hacerlo. No hubo disparos contra el pueblo y no tuvimos muertes que lamentar. ¿Produjo anarquía el comportamiento de la G.N.? ¡Al contrario! Fue una jornada cívica y civilizada. En cambio en Jinotepe, en San Marcos, como antes en Monimbó, o en Estelí o en tantos otros lugares, la orden se dio y los rifles produjeron muerte, y la muerte rebeldía, dolor, rabia y más violencia.

El problema, por tanto, no está en los muchachos que provocan ni en los soldados que disparan. Está en quien tiene en su mano el dar una orden y el crear una conciencia del respeto que se debe a la vida humana. A ese nos dirigimos: a ese le demandamos y exigimos:

¡No más hijos de nicaragüenses en la mira de los fusiles nicaragüenses! ¡No asesinemos nuestro futuro! ¡No devoremos a nuestros propios hijos!

PABLO ANTONIO CUADRA